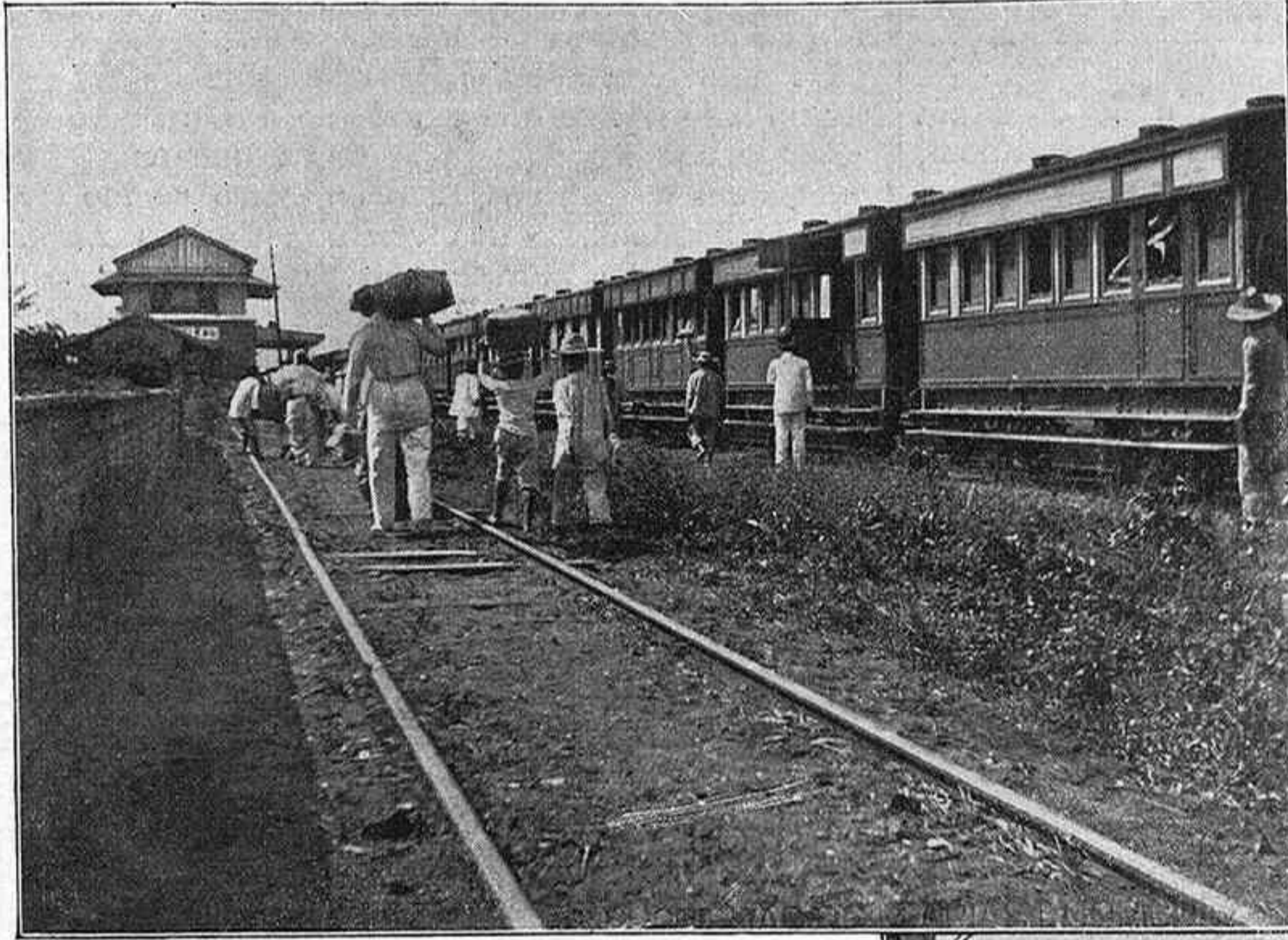


do maravilloso con que las percibía las medias tintas y las de las sutiles gradaciones del ambiente, como se advierte en todos sus cuadros y sobre todo en el de *Las Meninas*. Además, el mismo pintor se retrató de pie en esta última obra.

Por otra parte, las facciones de Velázquez eran energicas; tenía los ojos grandes, expresivos, rectamente colocados, la frente ancha..., y yo no veo nada de todo esto en la cabeza de la estatua modelada por Marinas. ¿Para qué seguir?



GUERRA DE FILIPINAS. — Una excursión á Barasoain y Malolos. La estación férrea de Guiguinto (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Podría apuntar también desdibujos grandes. Marinas tomará la revancha, estoy seguro de ello.

De un tan conocido artista vengo á la obra de otro totalmente desconocido, el Sr. Cabrera y Gallardo. Su estatua *Fecial* es una muestra de lo que puede esperarse del autor; y en verdad que se puede esperar mucho. Si bastante dura de modelado y acusada la musculatura con exceso de relieve, en cambio tiene el *Fecial* un movimiento arrogante y una línea muy justa. Pláceme saludar en el Sr. Cabrera á un escultor de no vulgares condiciones, así como al Sr. Castañón, que ha modelado un grupo muy simpático. Representa á una *Bacante* montada sobre un macho cabrío. Bien movida la figura de ella, de blanda factura y líneas agradables, sin que sea una obra perfecta, pues no tiene carácter muy clásico que digamos, amén de alguna que otra dureza y rigidez, es sin embargo una obra muy apreciable.

R. Balsa de la Vega

GUERRA DE FILIPINAS

Continuando la información gráfica de los sucesos que en las Islas Filipinas se vienen desarrollando desde que cesó en aquel archipiélago la soberanía española y estalló la lucha entre los yanquis y los indígenas que en mala hora fueron en las promesas de sus seudo libertadores, publicamos en esta página y en la siguiente varias interesantes fotografías que nos ha remitido nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila D. Manuel Arias y Rodríguez, á quien una vez más reiteramos la expresión de nuestro agradecimiento por la atención con que nos favorece enviándonos tantos y tan variados datos.

Estas fotografías, como verán nuestros lectores, reproducen algunos de los lugares en donde se van desarrollando los importantes sucesos de la guerra que tan cara va costando á los norteamericanos y que lleva trazas de ser el principio del fin de una nación poderosa mientras ha progresado al amparo de la paz y del trabajo.

Tres de dichas vistas permiten apreciar los destrozos que la artillería yanqui causó en la iglesia del barrio de Paco en Manila, durante un combate sostenido contra las fuerzas filipinas. Esta iglesia y la casa convento á ella adosada tenían los techos contruídos con planchas de hierro ondulado y galvanizado, las cuales planchas se ven en el interior del templo retorcidas, rotas y en montón: las paredes de las fachadas han sufrido también muchísimo, según puede verse en las fotografías de la página siguiente.

Otra reproduce la vista del puente sobre el río de Paco (San Francisco de Dilao); en él se ven dos guardias yanquis encargados de impedir el paso por el mismo á todo filipino, en cumplimiento de las órdenes dictadas por las autoridades militares norteamericanas desde que se inició el pequeño combate durante el cual se hicieron fuertes algunas tropas indígenas en el convento é iglesia de Paco.

El ferrocarril que se ve en otra de las fotografías es de vía estrecha y el único que existe en Filipinas: el tren, que se dirige á Malolos, aparece detenido en la estación de Guiguinto.

La calle del pueblo de Malolos, en donde estaban las casas ocupadas por la redacción de *El Heraldo Filipino* y la residencia del Sr. Mabini, presidente del Consejo de Secretarios, desemboca en la plaza del pueblo. La iglesia tiene dos fachadas, una que da sobre esa plaza y la lateral derecha que se ve en la fotografía.

La casa convento, residencia que fué de Emilio Aguinaldo, estaba adosada á la iglesia y se comunicaba con ella por la parte del coro. Al entrar los yanquis en Malolos incendiaron la iglesia y la casa convento.

Malolos, arrasado por los norteamericanos, era una de las poblaciones más extensas y pobladas de la provincia de Bulacán: el núcleo central de casas lo formaban fuertes edificios de mampostería y el resto del pueblo componíase de agrupaciones de casitas de caña y nipa, como las que reproduce otro de nuestros grabados.

Dos de nuestras fotografías representan el paso por la plaza de Malolos de las tropas filipinas que se dirigen á la estación del ferrocarril, para trasladarse á las líneas avanzadas de Caloocan y San Juan del Monte, antes de romperse las hostilidades.

Los otros dos grabados que publicamos reproducen la iglesia de Barasoain, en donde celebraba sus sesiones el Congreso Filipino que fué destruido el Viernes Santo al ocupar los yanquis el citado pueblo, y el río que separa Malolos y Barasoain, río fangoso y de poco fondo que pasa por un costado de la plaza principal del primero de dichos pueblos. — X.

UN VOTO DE CALIDAD

«La dolorosa exclamación *¡decadencia!* nos persiguió como un eco que han repetido por turno todas las generaciones. . . . siempre pesimistas á la vista de lo presente, siempre optimistas al juzgar lo pasado.»

(José Yxart. — *El arte escénico en España.*)

Un diario madrileño, *La Opinión*, tuvo (hace ya muchos días) la plausible ocurrencia de iniciar en sus columnas una campaña artística, de la cual, con saber que tiene por asunto *El teatro y nuestros autores*, puede presumirse la finalidad y la importancia.

Un redactor — discretísimo é inteligente por cierto — del mencionado diario, se propuso visitar á los primeros autores dramáticos de España para recoger las opiniones de todos en cuanto con el actual estado de nuestro arte escénico se relaciona, y dando principio á su tarea por una entrevista con el aplaudido autor de *El nudo gordiano* y *Las vengadoras*, publicó lo que Eugenio Sellés pensaba en materia tan interesante.

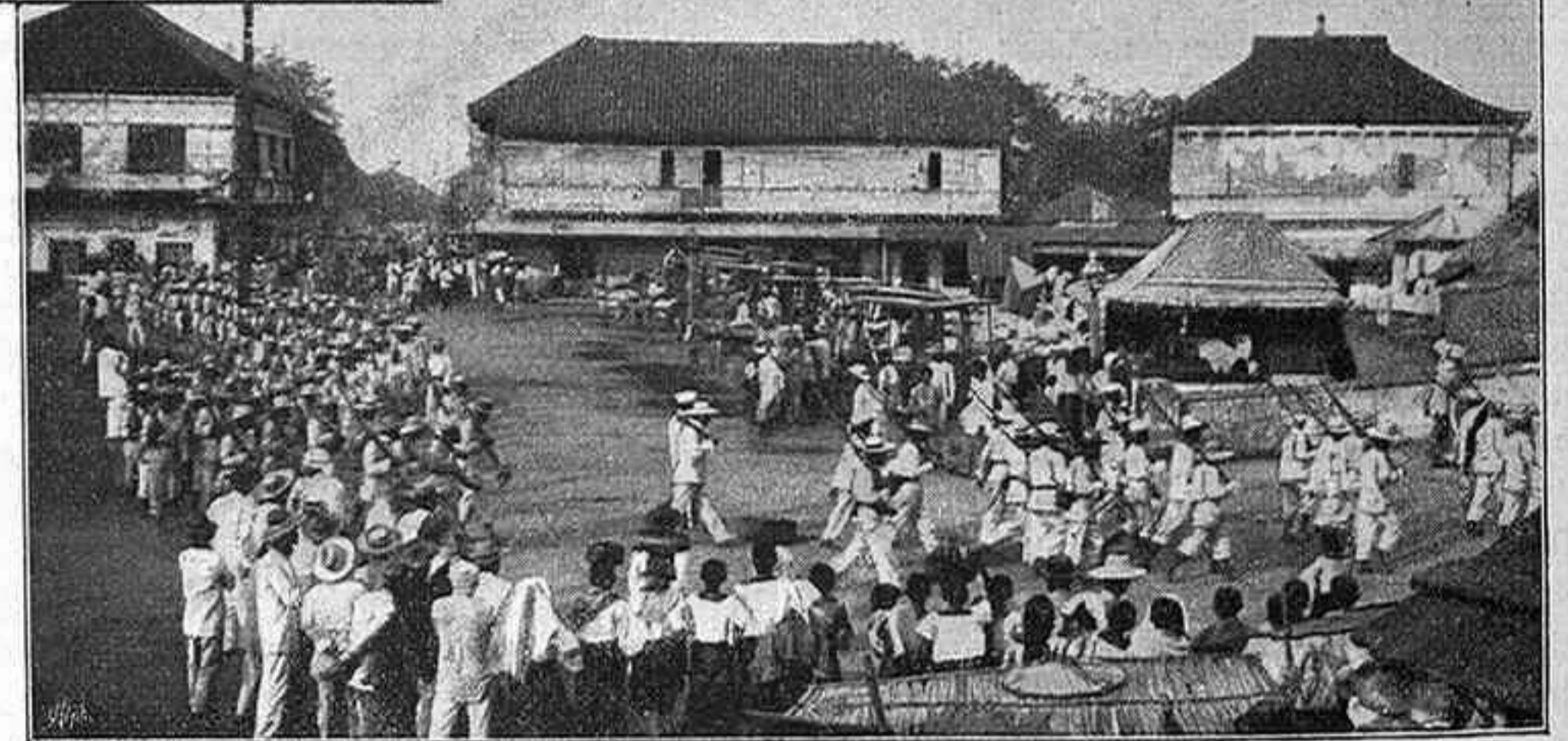
Gran satisfacción fué para mí que parecer tan autorizado coincidiera con mis opiniones, y esta coincidencia, que á un tiempo mismo me halaga y me honra, sírvenme de estímulo para exponerlas una vez más, ya que aun admitiendo que yo esté en error, estoy con muy buena compañía.

Que la dolorosa exclamación *¡decadencia!* haya sido — según observaba el insigne y malogrado Yxart (nunca bastantemente llorado) — repetida lo mismo que un eco por todas las generaciones, nada tiene de extraño. Cada generación solamente conoce de las generaciones pasadas, por lo que á literatura respecta, lo mejor de lo mejor que ellas dejaron; en cambio ve, al presente, lo bueno, lo mediano, lo malo y lo pésimo que se produce, como siempre se ha producido. Actualmente lo bueno es lo que menos abunda, y en la comparación no puede menos de resultar perdido lo actual.

Pero si esto explica la opinión del vulgo, no alcanza á justificar la equivocación de las personas entendidas, á quienes no debería ocultarse que si *Venganza catalana* y *Un drama nuevo* y *Consuelo* y algunas otras, no muchas ciertamente, son obras que han merecido pasar á la posteridad, durante la época misma en que esos hermosos dramas eran representados, aparecían en nuestra escena centenares de obras de las que ni memoria ni rastro queda. Los autores mismos de esas comedias aplaudidísimas no tuvieron en todas idéntica fortuna, ni tampoco igual acierto.



GUERRA DE FILIPINAS. — Malolos. Torre de la iglesia y calle donde se hallaban las casas ocupadas por la redacción de *El Heraldo Filipino* y por el Sr. Mabini, presidente del Consejo de Secretarios del gobierno filipino (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



GUERRA DE FILIPINAS. — Salida de tropas filipinas para cubrir las líneas de Caloocan y San Juan del Monte (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Porque opino así he sostenido (casi solo contra la mayor parte) que nuestro teatro no está en decadencia.

Entre los elementos que dan vida á esa manifestación artística son indudablemente los principales: los *autores*, los *comediantes* y el *público*. Y prescindiendo espontáneamente de pintores escenógrafos, de *atrezzistas*, de *tramoyistas*, de *sastres* y de multitud de auxiliares que sirven para dar ostentación y brillo al espectáculo; porque sobre lo mucho, muchísimo que en esa parte decorativa hemos adelantado no hay discusión posible, ni creo que dude nadie.

Pues bien: nunca hubo en España más autores que ahora; ni más cómicos; ni más decidida afición del público á las representaciones teatrales. Que no todos los autores son buenos, que muchos cómicos son malos, que el gusto del público no parece, por regla general, suficientemente delicado, no lo niego; pero, por ventura, ¿fueron excelentes, sin excepción alguna, todos los dramaturgos de otras edades? ¿Eran, en algún período de nuestra historia literaria, prodigios de habilidad y maravillas de inspiración todos los comediantes? ¿Fué — en alguna época — asombrosa la cultura del vulgo?

Pues si nada de eso ha ocurrido nunca, si en todo tiempo hubo poetas chirles, autores imbéciles, cómicos majaderos y público mal educado, ¿dónde han ido á buscar los que tanto hablan de decadencia término de comparación para señalarla?

Tenía, por consiguiente, mucha razón Eugenio Sellés para decir, de una